

Notas sobre el viaje en la modernidad. Hacia otra traducción de la «Invitación al viaje» de Baudelaire

JUAN CARLOS ABRIL

Universidad de Granada

jca@ugr.es

La modernidad¹, tal y como la entendemos hoy día, y en concreto la modernidad literaria, deja al descubierto a un sujeto –en nuestro caso poético– ávido de experiencias que le transporten hacia otros lugares, sean reales o inventados. La literatura nace entonces en una compleja trama de la imaginación, al ser urdida con palabras y siempre desde la constatación de que esta urdimbre se plantea tan real como las experiencias realmente materiales, posibilitando una nueva –entiéndase “otra”– concepción de la aventura y de la experiencia textual en conexión con lo que se denomina intertexto lector, es decir la ayuda de un lector formado, ya iniciado, que participe de una manera fundamental en este proceso, proponiéndose como bisagra que haga posible la comunicación de una realidad cultural –en sentido antropológico– determinada, del intercambio de un sujeto a otro en un diálogo intersubjetivo nunca finito. «Somos una conversación», escribió Hölderlin. Las fechas aproximadas por las que la modernidad y el modernismo, que es su correlato hispanoamericano, circulan, tal y como constatará Octavio Paz, suelen establecerse entre 1880 y 1930. Dejando aparte la terminología por la cual el modernismo literario no significa igual en los países de habla anglosajona que en los hispanos, convendremos en que desde 1888, fecha fundacional de la publicación de *Azul...*, de Rubén Darío, hasta 1916, con su muerte, se desarrolla el nacimiento, apogeo y declinio del modernismo hispano, un término que, como se sabe, en su origen tuvo matices despectivos y bastante mala prensa. A Rubén Darío no se le entendía. O simplemente, su poesía parecía hueca, palabrería vacía que no llevaba a ningún sitio.

Pero hay más: este diálogo fértil entre el emisor/texto y el receptor/lector –como hemos mencionado– se podría ajustar aún más, ampliándose, desde una óptica universal como un macro-diálogo entre el foco de emisión y la recepción, se completaría con las teorías lacanianas más aceptadas. En ellas, a partir de la lingüística y de la reinterpretación

¹ La preocupación sobre la noción de modernidad, contemporaneidad y la aceleración de la historia, son en Baudelaire constantes, véase por ejemplo «La modernidad» en Charles Baudelaire, *Salones y otros escritos sobre arte*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2005, pp. 361-363.

de la doctrina freudiana, se pone particular acento sobre el lenguaje, que lo estructura todo, incluso el inconsciente ideológico y el libidinal, y se privilegia lo simbólico –en la dialéctica asistemática con lo imaginario– en el estudio del funcionamiento psíquico. Estas teorías son contemporáneas, pero para nuestras reflexiones poseen carácter ucrónico o retroactivo, pues nos permitirán acercarnos al sistema epistemológico del modernismo y comprenderlo mejor. Desde el *en sí* de la poesía, el concepto de inmanencia formalista, y el *logos* heideggeriano. Aunque es mucho más, o al menos se complementa con otros esbozos. El yo trascendental que se sublima, producido en las corrientes estéticas de la modernidad, describe igualmente un proceso de nacimiento a partir de la filosofía kantiana, un apogeo a lo largo del siglo XIX y un cuestionamiento ya en el último tercio de este, acelerándose en ese momento el proceso de ruptura interna, de “vaciado”, más o menos agónico, llegando sus secuelas incluso hasta nuestros días. El estructuralismo intentará paliar estas rupturas y nacerá una nueva concepción del sujeto que participará de toda una corriente de pensamiento en la que la noción moderna de lo simbólico cobra vital importancia. Pero el estructuralismo es la consecuencia teórica y la modernidad la práctica que lo genera. En efecto, a través de lo simbólico se logra la verdadera dimensión de la alteridad –el auténtico viaje hacia lo desconocido que representa lo Otro– y es así cómo la cadena del significante atraviesa el sujeto y lo inscribe en la relación social, de la que ambos, se diría, se erigen en vehículos recíprocamente. Con otras palabras: si nuestro inconsciente está atravesado por el lenguaje, si está “estructurado” por él –obedeciendo a su funcionamiento diacrítico según el modelo saussureano– entonces el inconsciente del sujeto aparece como “el discurso del Otro”. Este Otro con mayúscula –engastado en las teorías bajtinianas– no debe ser confundido con el que es un producto fantasmático, el otro con minúscula. La alteridad de este pequeño otro no es sino objeto a la vez de identificación y de odio, una esfera idealizada, y solamente en la dimensión de lo simbólico el Otro puede encontrar su lugar. La sustitución del sujeto trascendental kantiano –que había triunfado en el siglo XVIII, XIX y primera mitad del XX, recordemos la obra clásica de Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*– por el sujeto cotidiano será la conclusión de una quiebra fundamental, desde 1950 hasta hoy. Un cambio radical, es decir desde la raíz, que afectará a una nueva conciencia antropológica. «Mallarmé [al igual que Rimbaud] vive la misma experiencia, y también abandona su búsqueda de lo absoluto, para iniciar lo que hemos llamado su *conversión a la materia*»². Recordemos el caso de Paul Gauguin...

Ese arco temporal marcado podría cerrarse con Husserl, quien a finales del primer tercio del siglo XX, opone a los grandes cambios que están dejando al aire el sentido vital y total de la crisis de la cultura occidental, su proyecto de despertar, bajo la forma de la filosofía trascendental fenomenológica, esta inmanencia de la razón en el hombre que define su humanidad, un proyecto que nosotros podríamos definir como universal y que, a fin de cuentas, sigue encubriendo las mismas problemáticas sobre la esencialidad y la identidad humanas. El fundamento de la crisis de nuestra cultura racional y científica no sólo se encuentra en la esencia del racionalismo y en sus atributos teleológicos –especulativos, ilimitados– sino en su extrañación, es decir en el hecho de que se recubra de naturalismo y de objetivismo. La superación del naturalismo es la única salida para avanzar en la laxitud que genera ese estado, si bien el concepto de “superación” ya es un *cul-de-sac* de por sí, una aporía sublimada.

En este análisis, una indagación en el sujeto poético que puede remontarse concreta-

² Javier del Prado, «Egoísmo y lucidez: el compromiso imposible», en Arthur Rimbaud, *Poesías completas*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 30.

mente al racionalismo trascendental kantiano, heredado por los bucles fichteanos (del yo absoluto deriva toda realidad), y corroborado por el idealismo hegeliano, pone en la escena al yo de manera absoluta, un yo indiscutible y a la misma vez inextricable que dará lugar a ingentes misterios interiores y que, sólo a partir del psicoanálisis o del freudismo, ya un siglo después, comenzará a ser desvelado, con resultados parciales y discutibles. El yo trascendental se prepara a finales del siglo XVIII en la parrilla de salida y a partir de la eclosión del romanticismo comienza una búsqueda a través de sus propios abismos, abismos donde la conciencia se consolidará como único bastión donde refugiarse, una vez descubierto el vacío al que este yo se ve expuesto. El romanticismo es el movimiento ideológico que allana el camino para que el yo –y tal y como hemos dicho, de manera muy señalada el yo trascendental– cristalice en la literatura puesto que la ideología romántica así lo expresa a través del último neoclásico y el primer romántico, Kant. Y lo que caracteriza al criticismo kantiano es la originalidad y la singularidad de su problemática y de su método. El criticismo representa el momento donde la razón se detiene y, considerándose a sí misma como objeto, examina y juzga su ambición para producir conocimiento. Quisiéramos aquí establecer una salvedad entre lo que se considera “político” y lo que vulgarmente y sin rigor viene postulándose como “ideológico” en su lugar. Esta errática utilización desvirtúa su profundidad crítica. Cuando hablamos de ideología no nos referimos a un “conjunto de ideas” sin más sino a un conjunto de discursos de ideas, en el que suele predominar uno o unos sobre los otros, esto es la célebre noción gramsciana de la hegemonía cultural donde la ideología dominante no sólo se debe atener a esta matriz sino que está constituida, como vetas que la traspasan, por diferentes discursos, todos mezclados, formando parte de la “realidad”: política, cultura, etc., lo que en lenguaje clásico marxista se denominarían las determinaciones –para la semiótica se reducirían a conocerse como “espacios”– y sobre las cuales, la económica, funcionaría siempre en última instancia como decisiva. Hablamos en términos de proceso y entendemos todos estos procedimientos como dinámicos y proteicos, frente a los análisis estáticos de un corte que aísla de su cadena de significación.

Thomas De Quincey, en su famoso opúsculo *Los últimos días de Emmanuel Kant* sobre el filósofo alemán, conocido no sólo por su importantísima obra filosófica sino también por algunas particularidades –sin las que le habría resultado imposible realizar su tarea como pensador– como por ejemplo que apenas en su vida salió una vez o dos de su ciudad natal y por un control y método sobre las actividades que realizaba en lo cotidiano, cronometrando todo al máximo, en fin, una vida dedicada al estudio de su sistema de filosofía trascendental; De Quincey nos relata que ya al final de sus días le sucedió la siguiente anécdota:

[...] le propuse una pequeña excursión a la casita en el bosque, que él había visitado el año anterior. «Bien», dijo él, «me da igual el lugar, si está lo suficientemente lejos». [...] Al subirse al coche, Kant manifestó su deseo: «¡Lejos de aquí!» Pero apenas atravesamos las puertas de la ciudad, le pareció que el viaje ya había ido demasiado lejos. Cuando llegamos a la casa del bosque, nos esperaba el café preparado, pero no le llevó tiempo tomárselo y dio órdenes de que dispusieran el coche. El regreso, que no duró más de veinte minutos, le pareció insoportablemente largo. «¿Pero no vamos a llegar alguna vez?», exclamaba continuamente³.

³ Thomas de Quincey, *Los últimos días de Emmanuel Kant*, Madrid, Valdemar, 2000, p. 95.

Y luego añade:

[...] poco después comenzó a hablar otra vez de viajes, sobre todo de viajes a tierras lejanas, etc.; así que repetimos varias veces la misma excursión, y aunque las circunstancias fueron prácticamente las mismas –siempre resultaban una decepción respecto al placer inmediato que se esperaba de ellas–, le produjeron sin duda un efecto positivo en su estado de ánimo⁴.

Resulta altamente sintomático que el gran filósofo de la modernidad y contemporaneidad que ha erigido el estatismo y la disciplina como signos de la vida privada e íntima, pretenda viajar en sus últimos años, o más bien habría que preguntarse por la naturaleza de esos viajes y si es que Kant lo que anhelaba revivir era esos estados prolongados de meditación y trascendencia que ya, debido a la edad, no podía realizar. Un viaje de otro tipo. Lo que nos aboca a pensar el sentido del viaje de una manera distinta, con diferente prisma, y a sopesar la importancia que tuvo –y tiene– en la modernidad. El viaje simbólico, el viaje imaginario, el viaje real. Los paraísos artificiales concebidos como invitación a un viaje interior, como abismo: «Baudelaire: el hombre que se siente abismo»⁵. Y de ahí surge la obsesión por el viaje o vagabundeo de Rimbaud –entre otros, con las derivaciones mallarmeanas hacia el interior– en «Ma Bohème (*Fantaisie*)»: «Je m'en allais, les poings dans mes poches crevés»⁶. El sujeto angustiado del siglo XIX, que ha perdido sus referentes más vitales, se halla abocado a la enfermedad. De ahí que se expela hacia fuera, ya sea el mundo exterior o el mundo interior, donde esconderse... La metáfora romántica de la enfermedad, la tuberculosis, es la metáfora de la enfermedad del fracaso del contrato social, y el abismo en el que había caído el sujeto individual romántico. De ahí cada vez más la urgencia y la necesidad del viaje. Del viaje en sentido ontológico.

Todo esto en poesía se podría ilustrar en el famoso poema de Charles Baudelaire⁷:

INVITACIÓN AL VIAJE

¡Mi niña, mi hermana,
piensa en la dulzura
de ir a vivir juntos allá lejos!
¡Amar a placer,
amar y morir
en el país que se te parece!
Los mojados soles
en estos turbios cielos
para mi espíritu tienen el encanto
tan misterioso

⁴ *Ibid.*, p. 96.

⁵ Sartre, Jean-Paul, *Baudelaire*, Madrid, Alianza-Losada, 1984, p. 28.

⁶ Arthur Rimbaud, *Poesías completas*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 286. En traducción de Aníbal Núñez y David Conte: «Me largaba, las manos en mis bolsillos rotos». Arthur Rimbaud, *Poesías completas*, Madrid, Visor-Orbis, 1997, p. 113.

⁷ Sin olvidar otro texto importante a propósito de la noción de viaje, y que gustaba tanto a Roberto Bolaño, «Le voyage», en Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 483-495; y en Charles Baudelaire, *Poesía completa*, Madrid, Ediciones Río Nuevo, 1994, pp. 387-399; sin embargo, su texto emblemático sin duda es la «Invitación al viaje», que invitamos a comparar: Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, cit., pp. 239-241 y Charles Baudelaire, *Poesía completa*, cit., pp. 153-155.

de tus ojos traidores
que brillan a través de sus lágrimas.

Allá no hay sino orden y belleza,
lujo, calma y voluptuosidad.

Unos muebles relucientes,
pulidos por los años,
adornarían nuestra habitación;
las más raras flores
mezclan sus aromas
en el vago perfume del ámbar,
los ricos techos,
los espejos profundos,
el esplendor de oriente,
todo allí hablaría
en secreto al alma
su dulce lengua natal.

Allá no hay sino orden y belleza,
lujo, calma y voluptuosidad.

Mira en estos canales
dormir estos navíos
cuyo humor es vagabundo;
para que alivies
tu menor deseo
vienen desde el fin del mundo.
—Los soles ponientes
revisten los campos,
los canales, la ciudad entera,
de jacinto y de oro;
el mundo se adormece
en una cálida luz.

Allá no hay sino orden y belleza,
lujo, calma y voluptuosidad⁸.

⁸ «L'invitation au voyage»: «Mon enfant, ma sœur, / Songe à la douceur / D'aller là-bas vivre ensemble! / Aimer à loisir, / Aimer et mourir / Au pays qui te ressemble! / Les soleils mouillés / De ces ciels brouillés / Pour mon esprit ont les charmes / Si mystérieux / De tes traîtres yeux, / Brillant à travers leurs larmes. // Là, tout n'est qu'ordre et beauté, / Luxe, calme et volupté. // Des meubles luisants, / Polis par les ans, / Décoreraient notre chambre; / Les plus rares fleurs / Mêlant leurs odeurs / Aux vagues senteurs de l'ambre, / Les riches plafonds, / Les miroirs profonds, / La splendeur orientale, / Tout y parlerait / A l'âme en secret / Sa douce langue natale. // Là, tout n'est qu'ordre et beauté, / Luxe, calme et volupté. // Vois sur ces canaux / Dormir ces vaisseaux / Dont l'humeur est vagabonde; / C'est pour assouvir / Ton moindre désir / Qu'ils viennent du bout du monde. / —Les soleils couchants / Revêtent les champs, / Les canaux, la ville entière, / D'hyacinthe et d'or; / Le monde s'endort / Dans une chaude lumière. // Là, tout n'est qu'ordre et beauté, / Luxe, calme et volupté.» Traducción de Stéphanie Ameri y Juan Carlos Abril.

El viaje –desde su transversal modernidad– comienza a significar dos cosas al menos, no sólo el viaje físico a través de otros países, y las crónicas de los viajeros⁹, sino también el viaje imaginario, de sesgo metafísico e interior. Baudelaire lo consiguió, por ejemplo, en «La cabellera»¹⁰ de Jeanne Duval... Y cuando el viaje físico no se podía realizar, o no se quería¹¹, por razones varias como las económicas, o el miedo, comenzaba el viaje metafísico, con preferencia por lugares exóticos y exquisitos, desde cualquier lugar del mundo hacia cualquier lugar del mundo... Si el romanticismo comenzó a ocultarse y refugiarse a través de la Edad Media, en la modernidad –en el modernismo– no sólo se continuaron los temas históricos sino que se profundizó en ellos, y se ampliaron, dotándose además de vetas orientalizantes, mitológicas, o sentimentales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abril, Juan Carlos, «La noción de viaje en Rubén Darío», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 804 (2017), pp. 90-103. <https://goo.gl/EM1WhN> (fecha de consulta: 22/02/2019).
- Baudelaire, Charles, «L'invitation au voyage», en *Les fleurs du mal*, texte présenté, établi et annoté par Claude Pichois, Paris, Gallimard, 1996 (1972), pp. 84-85; poema traducido como «Invitación al viaje», por Stéphanie Ameri y Juan Carlos Abril.
- , *Las flores del mal*, edición bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo, traducción de Luis Martínez de Merlo, Madrid, Cátedra, colección Letras Universales, 2ª ed, 1993.
- , *Poesía completa*, edición bilingüe, traducción de M. B. F., Madrid, Ediciones Río Nuevo, 11ª ed., 1994 (1974).
- , *Salones y otros escritos sobre arte*, traducción de Carmen Santos, Madrid, Antonio Machado Libros, colección La balsa de la Medusa, 2005 (1996).
- Carroll, Lewis, *Alicia en el País de las Maravillas*, traducción y prólogo de Jaime de Ojeda, Madrid, Alianza, 2004 (1970).
- Fernández Ripoll, Luis M., *Los viajes de Rubén Darío a Mallorca*, seguido de *La isla de oro y El oro de Mallorca*, por Rubén Darío, prólogo de Cristóbal Serra, Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2001.
- López-Vega, Martín (ed.), *El viajero modernista*, Gijón, Llibros del Peixe, 2002.

⁹ Véase Martín López-Vega (ed.), *El viajero modernista*, Gijón, Llibros del Peixe, 2002 o el estupendo estudio de Luis M. Fernández Ripoll, *Los viajes de Rubén Darío a Mallorca*, Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2001. De Rubén Darío podríamos citar sus numerosísimas y excelentes crónicas de viajes por Europa y América, las cuales reclaman ediciones actualizadas y accesibles para repensar la obra del genial nicaragüense. Para el sentido dialógico del viaje en Rubén Darío, véase Juan Carlos Abril, «La noción de viaje en Rubén Darío», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 804 (2017), pp. 90-103.

¹⁰ Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, cit., pp. 147-149 y Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal*, Paris, Gallimard, 1996, pp. 85-87.

¹¹ Llama la atención poderosamente que, hoy día, uno de los hostigadores principales del viaje interior/exterior, el viaje desde lo imaginario y lo simbólico, hacia cualquier lugar, sea Charles Baudelaire, habiendo viajado relativamente poco. En marzo de 1841 un consejo de familia lo envía a Burdeos para que embarque con destino a los Mares del Sur, a bordo de un paquebote. La travesía debía durar dieciocho meses y llevarlo hasta Calcuta, en compañía de comerciantes y oficiales del Ejército (de este periodo data uno de sus poemas más célebres «El albatros» (véase Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, cit., p. 91 y Charles Baudelaire, *Poesía completa*, cit., pp. 43-45). Pero llegando a la isla de Mauricio, Baudelaire decide interrumpir su viaje y regresar a su país (véase Claude Pichois y Jean Ziegler, *Baudelaire*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució valenciana d'estudis i investigació, 1989, pp. 164-173).

- Pichois, Claude y Ziegler, Jean, *Baudelaire*, traducción de Pierrette Salas Martinelli, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució valenciana d'estudis i investigació, 1989 (1987).
- Prado, Javier del, «Egoísmo y lucidez: el compromiso imposible», en Arthur Rimbaud, *Poesías completas*, edición bilingüe y traducción de Javier del Prado, Madrid, Cátedra, colección Letras Hispánicas, 1996, pp. 9-120.
- Quincey, Thomas de, *Los últimos días de Emmanuel Kant*, traducción y prólogo de José Rafael Hernández Arias, Madrid, Valdemar, colección El Club Diógenes, 2000.
- Rimbaud, Arthur, *Poesías completas*, edición bilingüe y traducción de Javier del Prado, Madrid, Cátedra, colección Letras Hispánicas, 1996.
- , *Poesías completas*, traducciones de Aníbal Núñez y David Conte, Cintio Vitier, y Gabriel Celaya, Madrid, Visor-Orbis, 1997.
- Sartre, Jean-Paul, *Baudelaire*, prólogo de Michel Leiris, traducción de Aurora Bernárdez, revisión de Concepción García Lomas, Madrid, Alianza-Losada, 1984 (1947).